

El que esto escribe cumplía por aquellas fechas el servicio militar en el R.M.I. Soria nº 9, ubicado entonces en Sevilla, en la 2ª Región Militar. Como operador de radio del capitán de la compañía, portaba yo una ANPRC-77, aparato mediante el cual, tras conocerse la noticia de la toma del Congreso, se transmitió la orden de regresar rápidamente desde Cabo Roche (Cádiz), donde estábamos de maniobras, a Sevilla, a nuestras instalaciones. En el viaje de vuelta yo daba vueltas a mi cabeza. Era pues verdad lo que me habían venido diciendo desde meses atrás. Se preparaba un golpe de estado y aquí estaba.

Mi capitán guardaba un prudentísimo y disciplinado silencio; no así uno de los tenientes, quien tras tirarle de la lengua –se había creado un ambiente de cierta intimidad propicio a las confidencias en el interior de aquel Jeep Willy– mostró, con algún tímido recato, su indiferencia por cuál pudiera ser en esos momentos la actitud del rey. No se escuchaba con los oídos, pero sobre el respirar nervioso de alguno se cernía la letra de nuestro himno de Infantería: “ardor guerrero vibra en nuestras voces...”



¿El Ejército estaría con el rey, o se levantaría contra él? ¿Con el orden constitucional o contra dicho orden?

Meses atrás me llegaron confusas noticias de algo que se preparaba y que se posicionaba claramente en contra del rey, en contra del “motor del cambio”. ¿Iba la cosa en serio, o eran fantasías de algunos conciliábulos? Los crímenes de ETA contra guardias civiles, militares y policías eran el pan nuestro de cada día. Más de noventa asesinatos en

1980. Los entierros vergonzosos, silenciados, rápidos y de tapadillo, ahondaban aún más el agujijón de sufrimiento que los asesinos habían clavado en el alma de los familiares y compañeros de las víctimas ¡Pues claro que se escuchó ruido de sables en los cuartos de banderas! Conservo algunos panfletos que pasaron por manos de jefes y oficiales. La salida golpista me suscitaba todo tipo de reparos morales y prácticos, aunque yo no era, y sigo sin serlo, un devoto del parlamentarismo partitocrático.

En el hoy derruido Cuartel de San Fernando quedamos acuartelados, municionados y preparados. No se sabía bien para qué. En cuanto salimos del aislamiento preventivo, rápidamente inquirí a mi avisador de “golpes” acerca del trance que acabábamos de pasar: “todo ha sido un montaje del rey para desactivar el golpe de verdad” – me aseguró.

No estoy descubriendo nada nuevo. Recientemente, Luis María Ansón ha confesado abiertamente que él estuvo en la llamada “operación Armada”, versión española de la operación De Gaulle, junto a Felipe González y otros conspicuos demócratas; operación de la que Juan Carlos I estaba enterado y a la que dio su conformidad. Según Ansón, que quiere nadar y guardar (con escaso acierto) su ropa y la del rey emérito, todos ellos, también Juan Carlos de Borbón, fueron engañados por el general Armada, quien, en verdad –todo según Ansón– estaba dispuesto a dar un paso más allá de los límites acordados con su grupo de conjurados; por encima de las fronteras constitucionales y junto a Milans del Bosch.

Ansón manifiesta algunas contradicciones, pero yo tengo claro que todo fue un test-vacuna al golpismo en el Ejército. El objetivo fundamental de quienes permitieron y teledirigieron la operación fue provocar que salieran a la luz cuantas maquinaciones se estuvieran tramando y ver si realmente había en las Fuerzas Armadas generales, jefes y oficiales dispuestos a dar un paso al frente. La operación planeada para proteger a la Corona levantaba tres eficaces baluartes ante un prefabricado “supuesto anticonstitucional máximo”:

- **Baluarte primero:** Iniciado por Tejero el antedicho supuesto máximo de anticonstitucionalidad, si ninguno de los partidarios del golpe duro, ni tampoco de los del blando, se atrevía a sacar los pies del plato, el rey, que no figuraba públicamente como cabeza de nada contradictorio con la norma suprema, podría salir, una vez escampase la tormenta, vestido de Capitán General y como adalid y garantía de la democracia. Así parece que ocurrió, quedando España y su Ejército inoculados de eficaz vacuna antigolpes. Armada, fuera cual fuera la reacción del teniente coronel de la Guardia Civil a su propuesta, había intentado meter un gol en fuera de juego.

- **Baluarte segundo:** Suponiendo que, a partir de la acción de Tejero, algunos otros capitanes generales o generales leales al rey –todos los altos mandos del Ejército lo eran y obedecían el mandato de Franco de prestar dicha lealtad y asistencia a Juan Carlos de Borbón–, aparte de Milans del Bosch, enseñasen los dientes y exigiesen con contundencia el famoso golpe de timón –aquel del que eran partidarios el mismísimo Tarradellas, los Ansón, Mújica, etcétera–, en este caso se impondría la famosa solución Armada: el general presidiría, con la aquiescencia del Congreso de los Diputados, un gobierno de concentración nacional con Felipe González de vicepresidente y con representantes de PSOE, PCE, UCD e independientes. Su objetivo sería frenar al terrorismo, reconducir el proceso autonómico y controlar a los

nacionalismos periféricos, convocando en plazo razonable nuevas elecciones. Se intentaría acallar el ruido de sables y la amenaza involucionista.

- **Baluartes tercero.** Si salían a la luz y se lanzaban al ruedo los partidarios del golpe duro, antimonárquicos y anticonstitucionales, ahí estaría la figura del Teniente General Milans del Bosch, hombre de prestigio y con autoridad suficiente para someter a los más díscolos. Milans, además, era persona muy leal a la monarquía instaurada por Franco y habría templado los ánimos más exaltados. Podemos pensar que podría haber presidido algo parangonable, salvando las distancias, al periodo de la Dictadura de Primo de Rivera en la última etapa de Alfonso XIII.

La figura del Rey siempre quedaba a salvo, bajo cualquier supuesto; y la puesta en escena del retablo del 23-F por parte del general Armada resultó una burda representación. No obstante, dejó a más de un aspirante a “dictador” en fuera de juego, y a otros los pilló con el paso cambiado.

En medio de tantas decepciones y frustraciones, hubo, también dentro del mundo azul, algunos personajes marginales que sintieron la tentación de jugar la baza golpista. Se coqueteó con esta estrategia en determinados ambientes donde las expectativas políticas habían descendido a niveles paupérrimos y donde sus dirigentes exhibían una estrechez mental paradigmática: completamente descarriada respecto de la pista intelectual del José Antonio al que decían seguir y el azul de sus camisas era pura coreografía. Algunos, como García Carrés, el único civil procesado, formaban parte de la ultraderecha franquista.

Pero tampoco era aceptable, a esas alturas, vivir políticamente de la ensoñación de unas “montañas nevadas” de aires purísimos, en lo alto de cuyas cumbres espirituales creíamos estar otros; y, desde allí, contemplar con exceso de soberbia moral al resto de los mortales. A los falangistas de la Transición pocos nos tomaban en serio. Pese a nuestro escasísimo eco en la sociedad, y con una notoria incapacidad para asumir tanto nuestra propia realidad como la realidad de un mundo que queríamos cambiar, no nos resignábamos a ver como desaparecían todas nuestras opciones políticas y como el mundo soñado por nosotros desaparecía del horizonte de España. El falangismo, en todas sus posibles versiones, había sido desplazado por el franquismo, desde la propia Secretaría General del Movimiento, por otra clase política (más coincidente con los estándares liberal-democráticos y capitalistas europeos) procedente en buena parte del SEU franquista: la que desembocó en la UCD de Adolfo Suárez y Rodolfo Martín Villa. ¿Podía hacerse algo para enmendar aquella deriva? Muchos entendíamos que la única baza posible, útil y lícita era la que debía de jugarse desde los movimientos sociales, desde la propaganda y desde la política. Pero éramos como David frente a Goliat, aunque sin la fortuna de aquel.

El rey salvó al Régimen del 78, insisten los correctos. El Régimen del 78 salvó al rey, contradecimos los contumaces. A la vista de adonde nos ha llevado dicho

sistema, a uno, que sigue sin ser partidario de golpes de estado pero continúa desafecto a la monarquía partitocrática, se le plantean, de nuevo, algunas dudas sobre cómo y quién ha de llevar el gobierno de la nave de la Patria. Parece inútil y penosa la figura de un rey destinado a hacer de inanimado mascarón de proa mientras, detrás, unos petimetres traidores juegan con la caña del timón en medio de la tormenta